

RELATOS MÍTICOS EN LA LITERATURA POPULAR

Manuel Cousillas Rodríguez

IES. Salvador de Madariaga. A Coruña

Es la literatura de tradición oral la que puede convertir la palabra en figura simbólica y transformar en habla un cúmulo de símbolos. Será en el reino de la Literatura Popular donde el mito alcance también nivel poético, convirtiéndose de este modo el *símil* y la *metáfora* en insustituibles recursos retóricos para comunicar conceptos y emociones. Estas dos figuras literarias, generalmente, dan coherencia a la realidad social en la que vivían los pueblos antiguos y en ciertos aspectos nos describen sus vivencias.

Son innumerables y variados los entes en los que se inspira el pueblo en la búsqueda de la comparación e identificación entre el mundo real y el sobrenatural, existiendo en el hombre una tendencia innata a relacionar las fuerzas cósmicas con seres fantásticos a la vez que se origina una interacción de los rasgos comunes (*concepción interactiva*), donde hay siempre un término intermedio (la luz, el color, la configuración, el sonido, la voz, etc) que tiene atributos consustanciales a los dos mundos: el humano y el sobrenatural. Es decir, relatos que se basan en algún tipo de memoria del pasado, mezclando realidad y fantasía.

El hombre siempre ha mitificado lo misterioso y los primitivos interpretaban el poder de la naturaleza como signo de una fuerza sobrehumana, siendo el miedo a lo desconocido lo que provoca una argumentación mítica, exigiendo asimismo en la introducción de lo fantástico una vulneración de las leyes de la naturaleza.

Las fábulas eran para los pueblos legendarios un medio de expresión, de comunicación y de estructuración de la sociedad y como tales sociedades arcaicas que ignoraban las causas de los fenómenos atmosféricos, tuvieron que expresar estos enigmáticos acontecimientos mediante una serie de mitos. Relatos que como forma de expresión y comprensión también usaban los profetas y los filósofos para comunicar postulados religiosos o filosóficos con la finalidad de satisfacer necesidades religiosas o ansias morales. Y como el pueblo para explicar lo que observaba recurría a la imaginación, predomina en sus tradiciones más lo sobrenatural que lo real o histórico, convirtiendo los mitos en símbolos y dando pábulo a innumerables narraciones fantásticas. Porque la fábula por antonomasia siempre ha sido *narración verbal* y estrechamente ligada a pueblos que carecían de escritura y que se han ido transmitiendo de generación en generación, cargadas de

personajes divinos, sobrenaturales o fantásticos que viviendo en el océano del mito permanecen a flote a través del tiempo, configurando una de las sinfonías inacabadas más completas. Relatos que nos hablan de las tradiciones más antiguas y de mitos y leyendas y que guardan en sus entrañas un trozo –el que sea- de la historia del ayer, provocando en nosotros una sensación indescriptible que a veces se apodera del alma, cuando uno se pierde en un paseo interminable por los tiempos en los que habitaban en las montañas seres sobrenaturales que regían el destino de los hombres y en que los árboles eran gigantes de un extraordinario bosque animado. Narraciones que con aire de misterio y lejanía conforman una obra literaria en la que es tan personaje una montaña, un roble, el mar, un río...como lo pueden ser los dioses y los hombres.

Sostienen algunos folcloristas que *los mitos* no son sino casos extremos de metáforas. Aunque PETER MUNZ (1986:132) comenta sobre esta opinión:

No sobreviven metáforas que sean meramente fantásticas, caprichosas o idiosincrásicas. La longevidad del mito y su naturaleza fascinante a lo largo de milenios son prueba segura de que simboliza de modo adecuado estados de sensación genuinos. En este sentido los mitos falsos son como la traición: nunca prosperan.

Innumerables temas mitológicos pasaron a la leyenda y después a los cuentos. Así, pues, un estudio riguroso y comparativo de algún cuento popular nos llevaría a una leyenda más antigua y ciertas leyendas a un mito primitivo.

Aunque a veces el mito pasa a una cantiga y de ésta a una leyenda.

Así recurriendo al folclore observamos como en la Costa de la Muerte al dios de la tempestad Tarán, que timoneaba el soplido de los vientos, había que suplicarle para que mandara el viento favorable. También en tiempos aún recientes, ya cristianizado este mito, se manifiesta a través de una cantiga:

*Vamos xunto a Virxen
do monte do Faro,
que nos mande o vento
pra que chegue o barco*

MUNZ, P *Cuando se quiebra la rama dorada*. Madrid: F. Cult. Ec. 1986

.De ella surge la *leyenda de la teja*, que cuenta cómo las mujeres de los marineros de Corme (A Coruña), cuando los barcos eran de vela , iban al monte de la Virgen del Faro para pedirle que cambiara el viento y mandara el favorable para la navegación del buque y éste pudiese llegar a puerto. Se subían al tejado de la ermita y colocaban una de sus tejas en dirección a donde ellas querían que soplara la brisa. Al día siguiente el viento era el propicio para la travesía del velero.

El mito se debe considerar como un diálogo con los tiempos remotos para extraer valores y buscar significados que conciernen al presente, porque no miran sólo al pasado sino que incorporan a través de la tradición lejanos recuerdos que todavía nadan y se sumergen en la memoria del pueblo y que nos lleva, por ese bosque sombrío de la mitología, a los orígenes más antiguos y también a los más profundos de la mente humana.

La tradición mítica nos habla de la importancia que los pueblos primitivos concedían a los montes (donde construían sus santuarios y practicaban ritos), también a los árboles (símbolos de verticalidad) y que a través de ellos percibían el deseo de elevarse al cielo.

Esta admiración por la verticalidad se observa asimismo en la construcción de piedras enhiestas que simbolizan adaptaciones pétreas de árboles hieráticos.

Todavía en muchos relatos tradicionales los montes constituyen *metáforas orientacionales*. Estas orientaciones metafóricas no se emplean sólo con la finalidad de embellecer el lenguaje sino que están impregnadas de connotaciones culturales y religiosas, dándole a un concepto una orientación espacial y sirven para establecer en el folclore un conjunto complejo de relaciones entre hombres, ámbitos sagrados y cosmologías:

-Arriba indica felicidad.

-Abajo señala infelicidad.

-La dicha está en lo alto (cielo).

-La desgracia está abajo (tierra).

De este modo lo *bajo* es valorado negativamente como aquello que relaciona al hombre con lo terrenal, mientras que lo alto es signo de transcendencia. Por ello, muchas civilizaciones sitúan a la fuente del poder cósmico, es decir a lo sobrenatural, en las alturas.

La mitología griega nos dice que en la morada terrenal del Olimpo y en la cima de tan alta montaña, erigió Zeus una ciudadela. Y que los vientos, la lluvia y las nubes no se atrevían a aproximarse a la cúspide del monte, recinto de eterna primavera.

También Ptolomeo y Aristóteles formularon teorías sobre el concepto de *abajo* que asocia al hombre con el mal y la animalidad, y un *arriba* que nos informa de un mundo bueno y misterioso.

Así, pues, por medio de las *metáforas orientacionales* se constituyen espacios míticos o sagrados, a la vez que se determina la impermeabilidad entre ámbitos contrarios: uno superior, omnipotente y perfecto, y otro inferior, débil e imperfecto.

También en la mitología gallega el culto a los montes y a sus dioses; así, por ejemplo, los dioses identificados con Marte y Mercurio recibían culto en las cimas de los montes y el Pico Sacro, lugar sagrado, fue dedicado a Júpiter.

Este concepto de verticalidad o altura lo encontramos también en muchos mitos celtas, incluso en algunos poemas que nos hablan de la *metempsychosis céltica*; como por ejemplo éste, verdaderamente transformado o reconstruido por sucesivas generaciones, si lo comparamos con textos gaélicos; pero que, sin duda, su relación con la literatura gaélica, especialmente la irlandesa, es notoria; añadiré que el texto ha sido recopilado y elaborado por mí a través de la informadora M^a Jesús América Rodríguez:

*Yo, el firmamento, pero no el abismo;
yo, el sol, pero no la profundidad del océano;
yo, la luna, pero no la sombra;
yo, el águila, posada en la alta roca
o una isla en el mar;
yo, la paloma mensajera;
pero no topo bajo tierra;
yo, en el Más Allá:
firmamento, sol, luna, águila, isla y paloma.*

Las referencias al entorno en la literatura de tradición oral nos ofrecen la posibilidad de espacializar el mito y son esenciales en el desarrollo de la acción. El espacio es concebido, generalmente, como una realidad anímica, a la vez que le da verosimilitud al relato a través de la toponimia. Entorno en el que se produce la interacción de los acontecimientos reales y fantásticos, siendo difícil discernir lo natural de lo prodigioso, transformándose el espacio de encuadre físico en marco literario.

En el lugar de Gondomil (Corme-A Coruña) se encuentra la piedra serpenta o *pedra da serpe*, inquietante relieve pétreo que evoca la ofiolatría celta y de la que se conocen numerosos

mitos. Ha sido evocada por Eduardo Pondal y recordada por Benito Vicetto y de la que yo publiqué tres mitos (1998:59), que hunden sus raíces en la noche de los tiempos. También Camilo José Cela (1999:32) nos dice de este ofidio y del dios Melcalte que tiene su morada en este entorno, a través de un personaje popular, lo siguiente:

Era la imagen del dragón Baal a quien había que sacrificarle criaturas a las que degollaba con un hacha de boj para que se fueran desangrando poco a poco, al dios Melcalte se le ofrecían campesinos que se arrojaban al mar, los cazaban los soldados, les ataban las manos a la espalda con un sarmiento de vid o una liana de madre selva y se los daban a los marineros, que los tiraban a la mar a treinta o cuarenta millas de la costa para que los aplastasen las ballenas pasándoles por encima.

Sobre este dios fenicio, Jesús Rodríguez López (1970:27) dice:

Melcarte era uno de sus dioses más poderosos, cuyo culto principal estaba en Tiro. Este dios lo llevaban en todas las nevegaciones y establecía su culto en todas las colonias que fundaban, como vínculo de unión con la madre patria. Todos los años se le concedía, por un día determinado, una gran hoguera, desde la cual se le dejaba tomar vuelo a un águila, y cuya costumbre reprodujeron después los griegos y los romanos; siendo, por tanto, de presumir que las hogueras encendidas en la noche de San Juan tengan su origen en aquella fiesta fenicia.

El mito del fuego en el litoral de la Comarca de Bergantiños (A Coruña), se relaciona con el dios que unos llaman Melcalte y otros Melcarte y con *la pedra da serpe*, que se cree que es la representación del dragón llamado Bel o Baal, divinidad semítica pero muy venerada por los fenicios y relacionado con ritos de fuego, especialmente en el solsticio estival; al que antaño, según cuentan, se le encendía, igual que al dios Melcarte, una gran hoguera como símbolo de la unión de los navegantes fenicios.

COUSILLAS, M *Literatura Popular en la Costa de la Muerte*. A Coruña. Ventoprint, 1998.

CELA, C.J. *Madera de Boj*. Madrid. Espasa Calpe, 1999.

RODRIGUEZ. L.J *Supersticiones de Galicia*. Lugo. E. Celta, 1970.

Me referiré ahora a los relatos de los bardos que con sus baladas seducían a sus oyentes, alejándolos del mundo cotidiano y adentrándose en las entrañas del tiempo los

conducían por fantásticas tierras habitadas por héroes, monstruos y brujas. Tierras encantadas y hechizadas pero a la vez familiares para los oyentes; siendo este rasgo familiar el que logra dar, entre otros indicios, una cierta verosimilitud al mito popular, creando encantamiento y dándole al lenguaje una visión mágica.

Lo que conocemos, en general, de los bardos nos lo cuentan sus homólogos el mundo clásico . Así, Diodoro de Sicilia en su *Historia Mitológica* en el siglo I A.C., nos refiere la existencia de:

Poetas líricos llamados bardos, que acompañaban sus canciones con instrumentos semejantes a liras: estas canciones incluyen poemas de alabanza y sátira.

También conocemos por otras fuentes clásicas que en los festejos, bailes y cortejos que habitualmente seguían a un día de caza o guerra, solían relatar mitos legendarios y fantásticos relatos celtas.

Expondré elaborada por mí una de las muchas narraciones que me contaron a cerca del bardo Buserán, según unos; del trovador, según otros y que versa sobre el mito o leyenda de la cueva de la Buserana. Relataré también otra sobre la reina Lupa que se desarrolla cerca de esta mítica gruta:

En un lugar cercano a Muxía y no lejos de Touriñana está situada la cueva de la Buserana, testigo de los frustrados y trágicos amores del bardo Buserán y de la hermosa Flolinda, hija de un poderoso señor y dueño de estas abruptas tierras célticas.

Enterado el padre de este amor y opuesto a él, expulsa al bardo de sus dominios y le prohíbe, bajo amenaza de muerte, volver a ver a su hija.

Buserán abandona durante el día las tierras prohibidas, pero por las noches se acerca a la fortaleza para cantarle canciones de amor a Flolinda.

El padre de ésta enfurecido con el desobediente y atrevido bardo, ordena matarlo y arrojar sus cuerpo al mar. Flolinda, tiempo después, un día enloqueció al oír referir por casualidad a un viejo pescador el trágico destino de Buserán.

Transcurrido algún tiempo, paseando la infeliz por los acantilados de las laderas del monte Cachelmo, oye las hermosas canciones que antaño le cantaba su amado, mientras una gigantesca ola se adentra en las rocas, transformándose en la figura de Buserán y remontando raudo por las abruptas rocas abrazó a Flolinda y se la llevó consigo a las profundidades de la cueva.

Todavía en la cueva que se abre a la falda del monte Cachelmo, llamada la Buserana en el recuerdo de Buserán y de este trágico relato dicen algunos pescadores que en las noches de tormenta, se oyen las canciones del bardo Buserán. Y algunos vecinos de *Muxía* cuentan que los que se introducen en esta cueva para solicitar amor, son al cabo de nueve meses correspondidos.

El relato legendario de la reina Lupa versa sobre cómo se cristianizaron algunos lugares que hoy se conocen como la Costa de la Muerte o *Costa da Morte*:

Cuentan que cuando Finisterre y su entorno se hallaba bajo los dominios de una reina céltica, llamada reina Lupa, arribó en una noche tenebrosa una embarcación.

En ella navegaban seis hombres y un cadáver envuelto en una sabana.

Al llegar a los acantilados desembarcaron el cuerpo sin vida de Santiago. Venían del lejano lugar donde este Apóstol había sido asesinado, buscando el lugar donde se le daría sepultura.

Dos de los hombres divisaron en la lejanía un castillo y allí se encaminaron para pedir ayuda al señor de aquella majestuosa fortificación, que resultó ser la mencionada reina Lupa,.

La reina Lupa los mandó encarcelar al considerarlos altivos y mentirosos. Los prisioneros pidieron ayuda a Jesucristo. De pronto, un luminoso y mágico resplandor se extendió por el recinto abriendo a su paso las puertas de la celda, facilitando de este modo la fuga de los prisioneros.

Enterada la reina Lupa de la misteriosa huida, ordenó a sus soldados que los persiguieran; cuando éstos atravesaban un puente, éste se desplomó, pereciendo los soldados.

No obstante, los cristianos conscientes de que necesitaban un carro y unos bueyes para trasladar al Apóstol al lugar deseado, regresaron y advirtieron a la reina que era muy importante para la cristiandad que cumplieran la misión que les habían encomendado.

La reina Lupa, a pesar de que ya había comprobado el poderío de su Dios, les entregó una pareja de toros salvajes en vez de los bueyes solicitados.

Se sorprendió, la incrédula mujer, cuando comprobó que los toros, ya amansados, se dejaban coger para ser vencidos por el yugo

El asombro, admiración y convencimiento de la reina Lupa fue tanta que, según cuentan, se convirtió al cristianismo y ordenó destruir los lugares célticos de culto como el Ara Solis.

A veces los límites entre el mito y la leyenda son confusos, ya que ambos, generalmente, relatan hechos que han acontecido y donde intervienen seres sobrenaturales o elementos prodigiosos. También en ocasiones presentan un rasgo común: el de satisfacer la curiosidad humana sobre el porqué de las cosas y las causas de los fenómenos disímiles que ocurren alrededor del hombre.

A lo largo de numerosos relatos se observa, generalmente, que en la configuración de estos mundos legendarios se incluyen materiales procedentes de la mitología clásica y la teología cristiana, ya que a través del telescopio del tiempo muchos mitos antiguos se han deslizado en leyendas cristianas.

En efecto, el mito, que lleva incrustados sucesos vividos, se desarrolla en su dilatada existencia de crecimiento y formación –en muchos lugares- en simples leyendas, cuentos o supersticiones, y frecuentemente los anónimos autores adulteran su origen existencial o histórico, procurando que estas narraciones calen en el alma popular.

Como también es notorio, ciertos enclaves corrientes por medio del folclore se convierten en parajes míticos. En estos enclaves, que el pueblo llama mágicos, se desarrolla el relato, donde la imaginación popular altera el escenario y el entorno común se transforma en espacio fantástico e inaprensible, incluso poético; aposentándose sobre estos lugares prodigiosos numerosos temas populares. Aunque hay que reconocer que tienen un cierto halo de misterio. Pues yo que he visto en estos enclaves mágicos, una y otra vez, el atardecer con su juego de claros y sombras en acantilados y montañas, me atrevería a decir que parecen que tienen vida y contactos inexplicables con un *más allá*.

Creo que es en la literatura de tradición oral donde se halla el reino imperecedero del mito: porque respeta el pasado como algo que merece ser recordado y porque aún hoy por medio del lenguaje –hilo conductor e ininterrumpido en la Literatura Popular desde el alba de los tiempos hasta nuestros días- sabe atesorar ese conocimiento étnico que nos lleva a los

orígenes más remotos. Tiene por tanto el mito, que duda cabe, ese paladar, ese sabor a tierra, creencia y raza que sobrevivirá en el tiempo como vehículo de cultura. En fin, todo un mundo legendario inmerso en la sabiduría popular y custodiado en el corazón del pueblo, donde el pasado surge en la memoria colectiva y se incorpora en lo cotidiano en momentos determinados que son, en ocasiones cíclicos. Así, por ejemplo, muchos relatos populares gallegos como el mito del fuego, del roble o de las *mouras* se sitúan en un tiempo mítico, es decir, en una época fuera del tiempo que se repite periódicamente como en la prodigiosa noche de San Juan. Tiempo cíclico que son percibidos por los pueblos como signos memorísticos predictivos.

Para terminar, diré que uno de los sentimientos generalizados que provoca el mito popular suele ser esa sensación de admiración y reverencia que se asocia indefectiblemente con las alturas. Ese anhelo de elevación y aproximación hacia lo prodigioso. Una mitologización que hunde sus raíces en la creencia del poderío de lo sobrenatural, todo ello recreado mediante el empleo del *símil* y de la *metáfora*, empleándose ambos para unir estrechamente imagen y objeto; aunque el *símil* tiene una función más deíctica que reflexiva, y la *metáfora* más emocional.

Parafraseando a Luis Cernuda en su constante busca del mito como recuerdo inacabado y refugio ideal y en homenaje a los autores anónimos que se sirvieron de estas fábulas como ejemplo donde reflejarse y como vehículo de comunicación entre lo terrenal y sobrenatural, concluiré mi trabajo con esta composición:

*No busques la fábula en la llanura,
Haz como el águila, mira hacia lo alto,
Donde se encuentra lo sobrenatural,
Y deja que te envuelva e ilumine
La mirada radiante de los dioses:
Eterno es lo que las deidades ven.*